EMPAR MOLINER

Cuentos infantiles contra todo pronóstico

Con dibujos de Ginebra Torío Moliner

laGalera

Primera edición: mayo de 2014
Diseño de interior y maquetación: Antònia Arrom (Dandèlia)
con la colaboración de Laia Baylina
y con ilustraciones de Ginebra Torío Moliner

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Empar Moliner, 2013, por el texto
© La Galera, SAU Editorial, 2014, por la edición
en lengua castellana

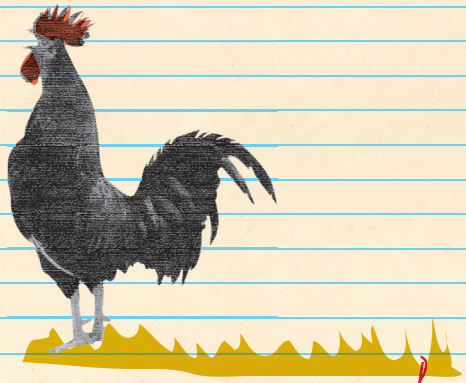
La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95
08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Índice
Fluvià, 81
08019 Barcelona

Depósito legal: B-6.417-2014
ISBN: 978-84-246-5271-5
Impreso en la UE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Os debo una explicación



El cuento *Los músicos de Bremen*, de los Hermanos Grimm, y la película *Ocean's eleven*, de Steven Soderbergh, tienen exactamente la misma estructura. Las dos historias son un remake (la una, de un cuento tradicional; la otra, de una película de 1960) y, sobre todo, las dos empiezan con lo que los guionistas llaman «el reclutamiento». El héroe principal recluta a otros héroes con diferentes habilidades y personalidades que lo ayudarán a conseguir sus propósitos.

En el caso de *Los músicos de Bremen*, el héroe es el burro que se escapa de la granja porque, al ser viejo, su dueño quiere matarlo («sacrificarlo», si lo preferís). En el caso de *Ocean's Eleven*, el héroe es Danny Ocean, que acaba de salir de la cárcel. (En el papel de burro, pues, tendríamos que imaginar a George Clooney). El burro quiere montar una orquesta en Bremen y recluta a tres animales más que, como él, son viejos, han dejado de ser útiles y también se escapan porque iban a morir. Danny Ocean tiene que buscarse la vida ahora que vuelve a ser libre, y como ha decidido desvalijar tres casinos en una sola noche, busca, entre el hampa, a los mejores ladrones.

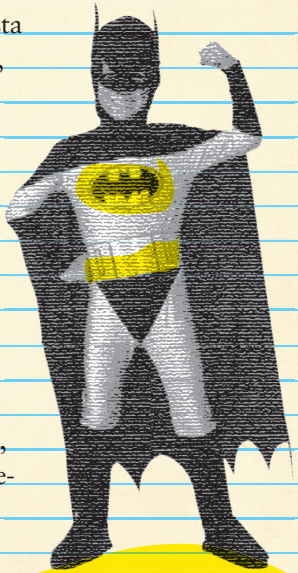
Durante el reclutamiento conocemos las diferentes habilidades de los personajes, que después serán clave en el desenlace. El gallo canta y le gusta dormir en el tejado; el gato puede arañar, sus ojos brillan en la oscuridad y le encanta dormir junto al fuego del hogar... Rusty Ryan es detallista y se convierte en la mano derecha de Danny, Basher Tarr es experto en explosivos... En las dos historias comproba-

mos que los personajes están obligados, para conseguirlo, a trabajar en equipo. En las dos historias, los propósitos de los héroes son moralmente discutibles, pero esto no impide que empaticemos con ellos y deseemos que se salgan con la suya. Los músicos de Bremen asaltan una casa y se la quedan. Su coartada es que los que la habitan son ladrones. Los once de Ocean asaltan los casinos de Terry Benedict. Su coartada es que este también es un mafioso, y además es la actual pareja de la exmujer de Danny.

He inventado cuentos para mi hija desde que tenía dos días de vida. Se los he contado cuando no los entendía, mientras íbamos por la calle con el cochecito, a la hora de dormir. Como hablo sola, me iba muy bien hacerlo así, me servía de coartada para que no me miraran tanto por la calle. Primero, eran muy cortos y simples; después, más largos; y un día, finalmente, con humor. Ese día, el día que un cuento «hace gracia», es memorable. Muchos amigos progenitores me dicen que les gustaría inventarse cuentos, pero que no les sale. Y yo siempre les digo que es más fácil si tienes una plantilla en la cabeza. Si piensas que, en realidad, la película *Panic Room* le debe mucho a *Las siete cabritas y el lobo*.

En este libro encontraréis los cuentos que me he inventado para y con mi hija, que ahora (en esta primera edición) acaba de cumplir seis años, pero también encontraréis pequeñas plantillas para inventároslos. A mi hija (y seguro que a vuestros hijos también) le gusta que los protagonistas de los cuentos sean objetos que nos rodean. Su peluche, unas pelotas que guarda en una caja... Le gusta que la escenografía sea nuestra casa y que la acción pase en nuestro pueblo.

Explicar *Caperucita Roja* está bien a una edad, porque es un clásico y es básico conocer los clásicos. Pero, en la época en que vivimos, en la que el lobo es una especie protegida y re-



introducida, no tiene el mismo significado que cuando lo recogió Perrault (que fue el primero en hacerlo). Quiero decir que es lógico que los cuentos que nos inventamos ahora tengan semáforos, teles, custodias compartidas y huertos urbanos. Cuando *La Cenicienta* fue escrita, era normal mancharse con las cenizas de la lumbre. Hoy, podría ser la que vigila el microondas. Y de ese modo, por cierto, ya tendríamos la adaptación de un clásico. Cuando por la noche, sentados en la cama infantil, adaptamos clásicos o inventamos cuentos, incluso cuando leemos literalmente a otros autores, estamos transmitiendo una visión del mundo. Hay quien subraya los valores, hay quien subraya el humor, hay quien cambia lo que no le gusta. Yo, por ejemplo, invento cuentos en los que siempre hay madres, quizás porque crecí con Disney, y en las historias de Disney (como todo el mundo ha notado) las madres duran tanto como las esposas de Charles Bronson en la ficción. Cuando alquilas *Bambi*, *Pocahontas*, *La sirenita* o *Buscando a Nemo* ya sabes que la madre no durará ni tres fotogramas. Y cuando alquilas *Yo soy la justicia*, *Yo soy la justicia II*, *Yo soy la justicia III*, etcétera, ya sabes que esa santa que se ha casado con el protagonista será apartada del mundo de los vivos en dos o tres minutos.

Todos los cuentos que he incluido en esta compilación (me he dejado muchísimos) han sido «comprobados». Quiero decir que a mi público entregado y fiel le gustan mucho. Veréis que la mayoría no tienen un final demasiado explosivo. Supongo que incluso cuando explico historias a mi hija sobre duendes, lavadoras que se marean o arcoíris comestibles tengo en mente a Raymond Carver. Exposición prometedora, descripción de ambiente y, a menudo, final abierto y nada pirotécnico. Incluyo algún cuento del que diría,

como crítica, que no es una historia trepidante. Pero es que a la heredera de mis derechos de autor le hace tanta gracia que siempre me lo pide. En este libro encontraréis, también, un apartado de crítica de cuentos. A partir de los cuatro o cinco años, cuando los niños aguantan más rato escuchando, empezamos a explorar estos cuentos tan largos de los Grimm donde los personajes tienen que superar pruebas. Nos hemos divertido mucho buscando «las incoherencias». También es justo que reconozca la gran influencia de alguien tan psicodélico como Lewis Carroll. En *Alicia en el país de maravillas* hay un gusano que fuma en pipa de agua (así, cualquiera...), hay un sombrerero loco, hay una botella que te ordena que te la bebas y un pastel que te ordena que te lo comas. Y una vez lo haces, tu cuerpo aumenta o disminuye de tamaño. *Matrix* no lo ha superado. La gran libertad loca de Lewis Carrol puede servirnos para inventar sin ningún miedo y con gran alegría. Y, además, está lo del final. ¡¡¡Pero si todo era un sueño!!! Ah, vale. De todos modos, si lo de inventar no os sale, espero que nuestras historias os gusten.

A la hora del cuento, siempre me hago bromas a mí misma. Bromas que los pequeños no entienden, claro. Aquí no he podido evitar poner algunas para vosotros. En general, las encontraréis entre paréntesis. Quiero decir que no hace falta que las leáis en voz alta, si no queréis. Pero yo, a veces, sí que lo hago. Recuerdo que cuando era pequeña y mi abuelo me contaba *El gato con botas* yo no entendía muy bien qué eran «siete leguas», y tampoco entendía qué quería decir que la reina fuera fea y «fati». Pero daba igual. Entendía el contexto. Quizás por eso, porque antes no entendía todas las palabras y solo las intuía, ahora me gustan tanto.

Cuando hablaba con Berta, editora original de este libro, de hacer esta compilación, decíamos siempre lo mismo. Que este libro tenía que ser un «objeto» para guardar en la estantería. Que tenía que tener un sentido, todavía, quererlo tener «en papel» y no en formato electrónico. Por eso lo hemos hecho tan «bonito» (al menos, a nosotras nos gusta).

No es un libro para que los pequeños puedan mirar, todavía no. Es un libro para que se lo leáis a los pequeños con una linterna, por la noche.

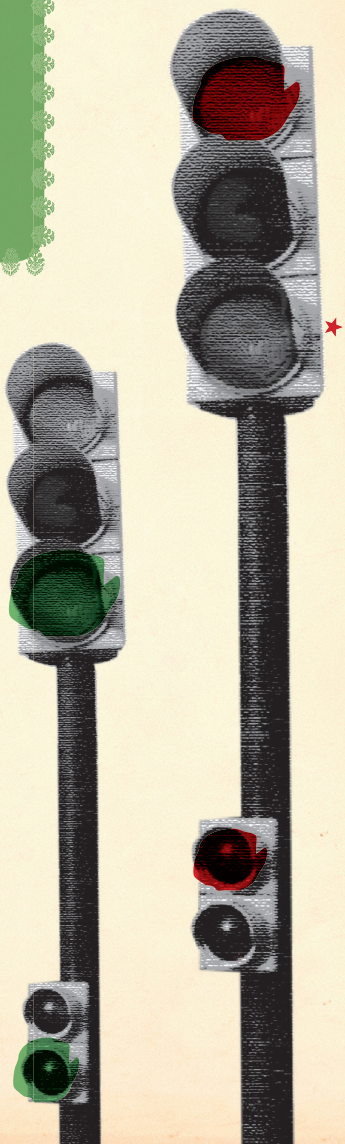
Antes de terminar, la respuesta a una pregunta. ¿Por qué contar cuentos a los niños? En mi caso es inevitable, de acuerdo. Mi trabajo consiste en contar historias a diferentes públicos y en diferentes formatos. Pero aparte del propio placer, tengo una razón poderosa (las razones, como sabe todo el mundo, siempre son poderosas) para contar cuentos. Porque un día los niños serán mayores. Un día estarán en la cama con alguien y le contarán cosas de cuando eran pequeños, eso que se hace cuando te acuestas con alguien. Y dirán: «Mi madre (o mi padre, o mi abuela o mi hermano mayor o mi tío) me contaba cuentos». Porque estos niños a los que hoy regañamos, vestimos, les sonamos la nariz, divertimos, castigamos, alimentamos, consentimos y no consentimos, un día serán adultos como nosotros.

El hombrecito verde

y

el hombrecito rojo

Este es el primer cuento que le conté a mi hija. Es para niños muy pequeños (pero todos los cuentos para pequeños pueden servir para los mayores). Me parece que es inevitable inventarse un cuento sobre un semáforo cuando vas por la calle con niños pequeños. Estoy segura de que esta historia, si vivís en una gran ciudad, se os habrá ocurrido.



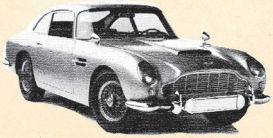
El hombrecito verde y el hombrecito rojo

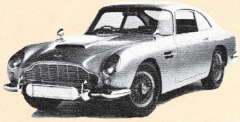
El hombrecito verde y **el hombrecito rojo** viven dentro de un semáforo de Barcelona. ¿Sabes qué son los semáforos? Son esos chupa-chups de tres sabores que hay por las calles de las ciudades. De fresa, de menta y de limón.

El hombrecito verde usa sombrero. Siempre camina. Porque **el hombrecito verde** sale cuando nosotros podemos caminar. **El hombrecito verde** hace que los coches se detengan. Siempre que sale, los coches se paran. En cambio, **el hombrecito rojo** está siempre quieto, porque sale cuando nosotros nos tenemos que parar. **El hombrecito rojo** nos hace parar a nosotros. Y entonces pasan los coches. También usa sombrero.

Cuando sale **el hombrecito verde**, el hombrecito rojo ya se ha escondido. Y cuando sale el hombrecito rojo, **el hombrecito verde** ya se ha escondido. No se encuentran nunca. **El hombrecito verde**, cuando está a punto de marcharse, se enciende y se apaga, se enciende y se apaga, ahora sale, ahora no sale. Ya no está. Y ya sale **el hombrecito rojo**. Y cuando **el hombrecito rojo** está a punto de marcharse, se enciende y se apaga, se enciende y se apaga, ahora sale, ahora no sale. Y ya sale **el hombrecito verde**...

El hombrecito verde y **el hombrecito rojo** tienen siempre muchas ganas de jugar juntos. Pero no pueden hacerlo casi nunca, porque cuando uno sale, el otro ya se ha escondido. Para decirlo como los mayores: «No coinciden». Por eso **el hombrecito verde** y **el hombrecito rojo** esperan a que llueva. Cuando llueve, pueden jugar. ¿Sabes por qué?





En la ciudad donde viven **el hombrecito verde** y **el hombrecito rojo**, que es Barcelona, siempre que llueve un poco se estropean los semáforos. Aunque caigan cuatro gotas (golpea tu palma con un dedo). O si llueve algo más (golpéala con dos dedos). O si todavía llueve más (golpéala con tres dedos). O si todavía más (con cuatro dedos). O si llueve a cántaros (da palmadas y repiquetea con los pies).

Y cuando los semáforos se estropean, no funcionan. Y como no funcionan, **el hombrecito verde** no se puede esconder y se queda siempre encendido. Y **el hombrecito rojo** tampoco se puede esconder y también se queda siempre encendido. Y se encuentran. Y juegan y juegan y juegan mientras todos los coches hacen sonar el claxon, porque los conductores están enfadados.

–¡Hola, **hombrecito verde**!
–¡Hola, **hombrecito rojo**!

Y siempre que los semáforos se estropean tienen mucho tiempo para jugar, porque los operarios tardan mucho en arreglarlos. Qué suerte tienen el **hombrecito verde** y **el hombrecito rojo** de vivir en una ciudad tan divertida como Barcelona, ¿no te parece?.